**Domingo 5º de Pascua en el Ciclo C (19.05.2019): Juan 13,31-35**

**“El amor es..., ¿brujo? Es amor**”. Lo medito y escribo CONTIGO:

Este es el texto completo del relato del Evangelio que se nos proclamará el día 19 de mayo de este 2019: *“Cuando salió Judas del cenáculo, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en si mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Amaos también entre vosotros como yo os he amado. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros”* (Jn 13,31-35). Preciso el mensaje. Siempre me pareció este texto el centro de este Evangelio.

Por dos veces se cita explícitamente el único mandamiento que este Evangelista pone en labios de su Jesús de Nazaret: ***‘que os améis unos a otros’***. No existe ninguna otra explicitación de este único mandamiento. Es la única condición para pertenecer a Jesús, para ser como él. No es necesario ni un bautismo, ni una confirmación, ni ningún otro sacramento, ni otro credo, ni una liturgia de tales días, ritos, signos o expresiones. Nada. Solo esto: **que os améis unos a otros**. Que nos amemos los unos a los otros. Es el Evangelio de Jesús. Todo su Evangelio.

Y cuando me paro a pensar en las comprometedoras consecuencias de esta tan peculiar religión de Jesús me digo con cierto temor y temblor que este ‘amor de unos con otros’ existió siempre desde que el mundo es mundo y los vivientes somos mujeres y hombres. Desde siempre existió el amor de unos con los otros. Y me digo que desde siempre existió esta propuesta de Jesús de Nazaret tal y como se nos anuncia en este cuarto Evangelio, el de Juan.

Por esto entiendo que el amor es amor. Sin otro calificativo como nos suele gustar decir en los más diversos ámbitos de nuestra catolicidad: amor cristiano, amor oblativo, amor divino, amor humano, amor sacrificial, amor primero, amor enamorado, amor maduro, amor sacramental, amor fraterno, maternal, paternal, brujo, interesado, desinteresado... El amor es amor y lo sabemos muy bien cada hombre y mujer que aquí ha estado, estamos y seguirán estando.

Este único mandamiento del amor nos lo ha contado este Evangelista en el mismo contexto en el que nos lo cuentan también los otros tres Evangelistas. Me explico: los cuatro Evangelios cuentan el dato de ‘el anuncio de la traición que llevará a cabo Judas’. Y cuentan después el dato de ‘el anuncio de las negaciones de Pedro’. Puede leerse esto en Juan 13,21-30, el anuncio de la tradición de Judas; y en Juan 13,36-38, el anuncio de las negaciones de Pedro.

Entre ambos datos, este narrador Juan nos ha dejado escrito el dato del único mandamiento (Juan 13,31-35). El primer Evangelista que fue Marcos (o María Magdalena) nos dejó escrito el dato de la cena con la presencia del pan y del vino (Mc 14,17-31). El Evangelista Mateo sigue casi al pie de la letra a Marcos (Mt 26,20-35). Por fin, el informadísimo Lucas **no** sitúa entre ambos datos ninguna cena, sino el enfrentamiento más encarnizado entre los seguidores de Jesús a propósito de la autoridad de los unos frente a los otros (Lc 22,21-34). Cuando medito en estos datos me acabo diciendo, tal vez equivocadamente o tal vez no, que el amaos unos a otros de Juan es tan igual como el servicio al otro de Lucas, y tan igual con ‘este pan es mi cuerpo’- ‘este vino es mi sangre’ que escribieron Marcos y Mateo. Cuatro eucaristías idénticas.

**Domingo 25º de Mateo (19.05.2019): Mateo 14,1-12.**

***“Todo cuanto deseas que te hagan, házselo a los demás”* (Mateo 7,12)**

Después de la preciosa narración, en forma de palindromía en torno a las parábolas, sobre ‘la familia del Reino’ este narrador Mateo cambia de asunto con esta expresión tan sencilla como una puntada bien dada: *“Por aquel entonces”* (Mt 14,1). El asunto nuevo, en realidad, no lo es tanto. El narrador cuenta que su Jesús de Nazaret sigue evangelizando por la región de su Galilea y sigue despertando la sorpresa de quienes le escuchan directa o indirectamente.

Uno de estos audientes de los hechos y dichos sobre Jesús es una autoridad judía. Tetrarca dicen unos o virrey, dicen otros. Esta autoridad es, sea lo que sea el cargo, una persona y se llamaba Herodes. No se trata del famoso Herodes judío que vivió en el siglo anterior y al que se le identificaba como Herodes el Grande. Este virrey Herodes está presentado por el redactor Mateo como una autoridad títere. Actúa según el aire que más le importa.

Frente a esta autoridad tan corrompida o deshumanizada se va a comprender en toda su estatura humana la personalidad tanto de Juan, el bautizador, como del propio Jesús de Nazaret. Este Herodes títere acabará con la vida de Juan. Y no mucho más tarde en el tiempo, otra autoridad romana llamada Pilato aprobará la muerte en una cruz de Jesús de Nazaret. Tanto de Juan (Mt 14,5), como de Jesús se dirá que fueron condenados y ejecutados por actuar como el ‘profeta’ denunciador de la autoridad, religiosa o política, deshumanizadora.

Cuando aquel títere virrey Herodes oye hablar de cuanto hace y enseña Jesús de Nazaret por las tierras de su Galilea se dice para sus adentros que este Jesús es aquel Juan que bautizaba y que había resucitado. El muerto y enterrado Juan (14,12) había resucitado en la persona del propio Jesús de Nazaret. Dicho al revés y para que lo entendamos bien: aquel Herodes llegó a justificar sus decisiones diciéndose que Jesús resucitó a Juan, el perdona pecados bautizador.

Los anuncios y las denuncias de un profeta, sea en aquel Israel del siglo primero o sea en cualquier otro rincón de este mundo, siempre trae como consecuencia la represión ejercida por la autoridad -política, religiosa, económica, empresarial, ideológica, médica o educativa-. Al poder de la autoridad solo le ocupa y preocupa la obediencia, la sumisión y el halago... ¿...?

Por hablar, este Juan fue atrapado y encarcelado y decapitado... Una vez más se cumple aquello tan deshumanizado de que el mejor enemigo es el enemigo muerto. Cuando leemos esta secuencia de hechos en la historia y en la persona de Juan el Bautista, todo lector está imaginándose que al profeta Jesús le sucederá algo semejante. Juan y Jesús de nuevo unidos.

El mensaje de Mateo 14,12 me sorprende por la intensidad de la pena y de la ternura al mismo tiempo: *“Llegaron después sus discípulos, recogieron el cadáver y lo sepultaron y fueron a informar a Jesús”*. Con esta sorpresa de las emociones me he leído muy despacio el relato de Mateo 27,57-61. La persona matada ahora es el propio Jesús de Nazaret, el profeta hablador. Y el discípulo sepultador es un hombre de Arimatea llamado José. Y alguien más. Dos mujeres: *“Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro”*. ¿Por qué Mateo las coloca siempre tan cerca de Jesús y la Iglesia sigue teniendo miedo de su voz y de su voto?